

el Escalda, y el 15 de noviembre el mariscal Gerard, á la cabeza de un ejército francés, que representaba la intervencion europea, penetró por segunda vez en Bélgica, bombardeó la ciudadela de Amberes, obligando á capitular, en 23 de diciembre, á su valiente defensor el general Chassé, y despues de entregar la plaza á los belgas, repasó la frontera. A esto se limitaron las medidas coercitivas, porque las potencias del Norte, descargadas ya del temor de la revolucion polaca, que habia quedado sofocada, se interpusieron, decididas á no sufrir que se atropellara mas al rey de Holanda, su protegido, á cuyo fin firmaron en 9 de marzo de 1833 un convenio secreto. Esto fué causa de que las cosas continuaran todavia seis años mas en el estado en que se hallaban, los belgas ocupando el Limburgo y el Luxemburgo, y los holandeses los dos fuertes Lillo y Lifkenshoek que dominan el Escalda. Por fin el rey Guillermo cedió al clamor de su pueblo, agobiado por las cargas siempre crecientes, aceptando en 11 de marzo de 1838 los 24 artículos del arreglo, y lo mismo hicieron los belgas, para acabar con aquella situacion de incertidumbre que perjudicaba su industria. El 19 de abril de 1839 firmóse la paz por todas las partes interesadas en la cuestion belga; la confederacion alemana no protestó contra la disgregacion del gran ducado de Luxemburgo de la parte valona, que se habia incorporado á la Bélgica, y se le compensó esta merma del territorio federal con el ducado de Limburgo, que en adelante, junto con el resto del Luxemburgo, formó parte de la confederacion.

Al año siguiente abdicó el rey de Holanda en favor de su hijo Guillermo II, que reinó diez años. Durante muchos años sufrió el pueblo holandés las consecuencias de los esfuerzos excesivos hechos para oponerse á la separacion de la Bélgica, y si no quedó completamente arruinada su hacienda lo debió á los recursos que pudo sacar de sus colonias, que gracias al sistema económico del gobernador Bosch, prosperaron mas que nunca. La Bélgica tambien tuvo que arrostrar su parte de las consecuencias del divorcio, principalmente por la pérdida del mercado holandés, el cual le quedó súbitamente cerrado, como el rio Escalda, que hasta el año 1843 no fué abierto á la navegacion belga. Desde entonces comenzó, sin embargo, una nueva era económica para la Bélgica que gracias á la inteligencia y actividad de sus habitantes, á la riqueza minera de su suelo, principalmente en carbon y hierro ha llegado á ser uno de los países mas industriales de Europa; y gracias á la lealtad y sabiduría de su monarca ha llegado á probar la posibilidad de armonizar el principio monárquico hereditario con las instituciones populares y la separacion de la Iglesia y del Estado.

Con la separacion de la Holanda adquirió decidido predominio en Bélgica el idioma y la civilizacion franceses, pero poco á poco se rehizo el elemento flamenco, mas numeroso y mas lento, que pugna no sin éxito por conservar su idioma y su literatura.

Los belgas, segun se ve, no debieron su independencia á su propia fuerza, sino á la concurrencia de muchas circunstancias favorables que supieron aprovechar hábilmente. Por un lado se habia establecido en Francia la nueva dinastía de Orleans, cuyo representante deseaba ardientemente halagar la vanidad francesa con algun aumento de territorio; por otro, los monarcas absolutos y brutalmente feudales veían extenderse la revolucion con verdadero terror; habia la subida al poder del partido whig en Inglaterra, ministerio enérgico y decidido á conservar á toda costa la paz europea, y finalmente ocurrió la revolucion polaca, que ató las manos á las tres potencias del Norte, defensores decididos y furiosos del principio monárquico-legitimista-feudal.

POLONIA

Los polacos tuvieron solo en su favor su heroísmo indómito y desesperado. Las demás circunstancias políticas, tan favorables para la Bélgica, de nada sirvieron á la Polonia.

Nunca, ni cuando la Polonia era un país independiente, ni despues, habia gozado el pueblo polaco tanta libertad, bienestar y prosperidad como bajo el gobierno ruso desde 1815. Los pueblos nunca aprecian los bienes presentes como se merecen, y el polaco menos que todos se hallaba en disposicion de hacerlo ni menos de agradecer los beneficios recibidos, porque el odio al dominio extranjero y la tristeza de ver su país repartido entre tres monarcas eran los únicos sentimientos que le dominaban. Con ingratitud, rencor y traicion habian pagado al czar Alejandro la constitucion que este habia concedido á su país, y cuando luego cercenó y retiró su concesion, se aumentaron el odio y el furor de los polacos, que no habian sabido aprovecharla. Para mayor desgracia el virey de Polonia, el gran duque Constantino, era la persona menos á propósito para conciliar tales extremos. A pesar de haber renunciado al trono de Rusia en aras de su amor á su esposa, condesa polaca, abusó de su poder para rusificar el país despóticamente y cometió otros actos odiosos, aumentando con esto el odio al gobierno ruso y fomentando las conspiraciones. Así en poco tiempo se extendieron estas por toda la Polonia como tambien por Rusia, existiendo relaciones muy intimas principalmente entre los decembristas rusos y los conspiradores polacos, que contaban entre sus miembros toda la juventud escolar, gran parte de la oficialidad mas joven del ejército, la inmensa mayoría de la ínfima nobleza, tan numerosa como haragana y pobre, y muchos obreros, pero sin contar con un solo varon distinguido por su posicion social y cualidades personales. Fué descubierta la conspiracion rusa llamada de diciembre, como sabemos, pero los polacos comprometidos en ella fueron juzgados y absueltos por el gobierno de Varsovia, lo cual disgustó tanto al czar que ya no convocó las cámaras polacas, limitando, en cambio, la libertad de la prensa, y aun aplazó la ceremonia de la coronacion (como rey de Polonia) hasta el mes de febrero de 1829.

Cuando en Francia estalló la revolucion de julio existia, pues, en Polonia, aunque latente, la guerra entre el gobierno y los súbditos. No faltaron sobre este particular avisos al virey, pero aunque le dijeron que se trataba de una sublevacion que estaba próxima á estallar, no lo creyó, y continuó ofendiendo el amor propio de los polacos, aun los mas distinguidos, con su grosería, sus insolencias y soberbia. Obedeciendo una orden de San Petersburgo, hizo prender á varios miembros y jefes de la conspiracion, con lo cual estalló la mina prematuramente, porque entonces contábase mas que nunca con una guerra general y los conjurados temian que daria lugar á que se mandaran avanzar los regimientos polacos hácia el Occidente de Europa y fuesen reemplazados con tropas rusas. Un incendio fué la señal convenida (1) y la noche del 29 de noviembre una turba de estudiantes de la universidad y de la escuela militar sorprendió el palacio del virey, que á duras penas pudo huir y llegar á la aldea próxima de Wirzba, mientras los sublevados furiosos mataban á su ayudante y al director de policia. Al instante sublevaronse tambien los regimientos polacos y en toda la capital ondeó la bandera de la revolucion. A favor de la inactividad inalicable del virey

(1) F. v. Smitt, *Historia de la sublevacion y guerra de Polonia en 1830 y 1831*. La segunda edicion de esta obra, escrita en aleman y publicada en 1848, es favorable á la Rusia.—Hansen, *Recuerdos de un veterano de la campaña de 1828 y de la de Polonia de 1831*, obra tambien escrita en aleman y publicada en 1881.

pudo extenderse y robustecer el movimiento. El príncipe entró en tratos con los jefes revolucionarios, pero de un modo tan torpe que toda inteligencia se hizo imposible, y no teniendo fuerzas suficientes para oponer una resistencia eficaz, abandonó la Polonia con las tropas y empleados rusos, dejando á la revolucion dueño del país, con dos plazas fuertes Modlin y Zamosc, un ejército bien organizado y una administracion perfectamente ordenada. La autoridad del gobierno, dirigido por la alta aristocracia del país representada por el príncipe Lubecki, se extendió considerablemente y luego se reforzó con algunos notables del partido radical, como el príncipe Adam Czartorisky y el general Chlopicki, el antiguo compañero de Kosciusko. Las otras ciudades siguieron, bien que vacilando, el ejemplo de la capital, y finalmente la misma poblacion rural, libertada de la servidumbre y opresion de sus señores por el gobierno ruso, se dejó fanatizar y arrastrar por sus curas.

Apenas respiraron los polacos el ambiente de la libertad dieron al olvido las lecciones cruellísimas de su historia y renovaron sus tradicionales disensiones interiores. El partido aristocrático de los blancos queria la union personal con Rusia con el restablecimiento del antiguo régimen aristocrático, mientras que los demócratas ó rojos aspiraban á la independencia completa de Polonia y á la forma republicana. En el gobierno provisional que se encargó de la direccion del país y que fué instituido en 4 de diciembre de 1830, estuvieron representados ambos partidos, siendo jefe del primero Czartorisky y del segundo Lelewel, profesor que habia sido en la universidad de Wilna. Chlopicki, para acabar con la demagogia, se declaró, con el asentimiento de los hombres de opinion moderada, «dictador en nombre del rey,» hasta la reunion del parlamento.

Pero no se comprende que hubiese hombres tan obcecados como aquellos gobernantes que entrasen en negociaciones con el czar, el cual desde su subida al trono habia mirado con el mayor odio la constitucion otorgada por su predecesor á la Polonia, y creyeran que el mismo czar les concederia hasta la independencia completa y se contentaria con ser un mero rey nominal. A semejante pretension contestó el czar Nicolás en 18 de diciembre con un manifiesto en que llamaba á su pueblo á las armas para castigar á los rebeldes y traidores, diciendo: «Entraremos en Varsovia aunque la sangre nos llegue á las rodillas.»

Vanas resultaron tambien las esperanzas de los polacos tocante al auxilio extranjero. El gobierno prusiano no tenia ningun interés en proteger el restablecimiento de un reino de Polonia independiente, que habria puesto en peligro sus provincias polacas, en especial la plaza de Dantzig, ribereña del Báltico, y en su consecuencia movilizó algunos cuerpos de ejército para guardar las fronteras. En Austria, que tiene una poblacion polaca numerosa y muchas otras mas numerosas afines á la polaca, tuvo la causa de Polonia muchas simpatías, hasta entre los húngaros y aun entre los alemanes, pero Metternich, á pesar de considerar la supresion de la independencia polaca como un mal para el Austria, lo mismo que la habia considerado su predecesor Kaunitz, estaba demasiado ligado por sus principios legitimistas para pasar de la neutralidad rigurosa, y por otra parte, llamaron toda su atencion los sucesos de Italia. Así fué que el emperador no aceptó la proposicion de algunos polacos de sentar en el trono de Polonia al archiduque Carlos.

Quedaban la Inglaterra y la Francia. Palmerston declaró rotundamente á Wielopolski, enviado diplomático del gobierno provisional polaco, que Inglaterra no se hallaba en situacion de hacer nada en favor de Polonia, y Luis Felipe, satisfecho de que el czar Nicolás se hubiera dignado resta-

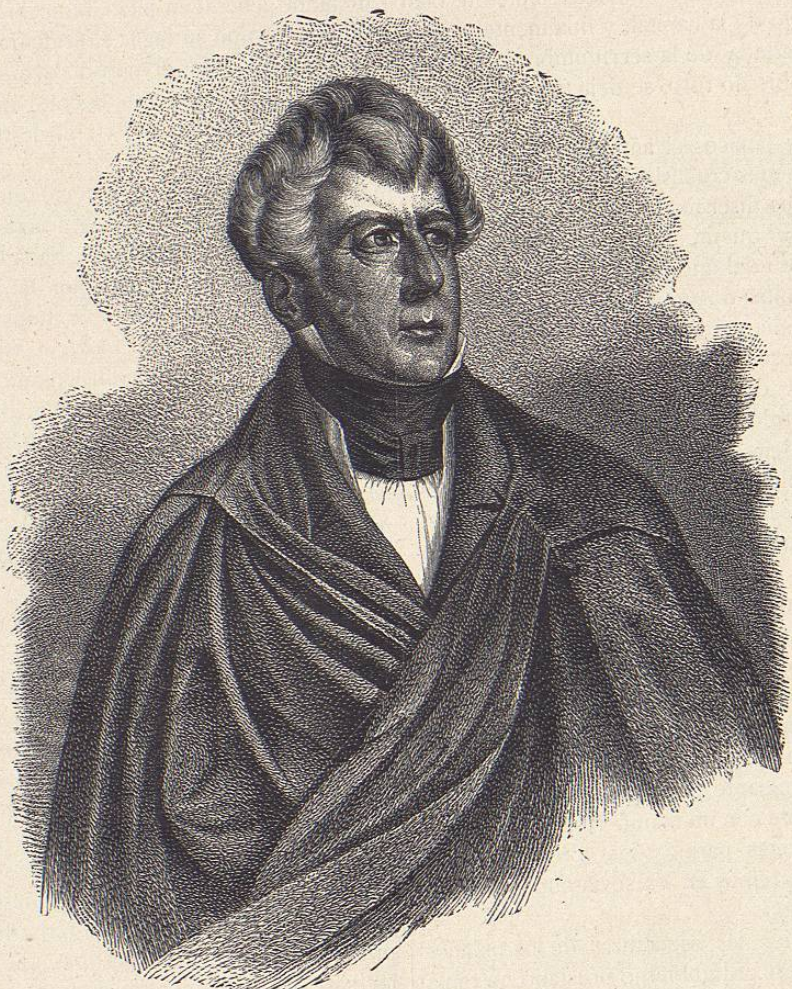
blecer las relaciones diplomáticas con la Francia, se hizo el sordo á las simpatías vehementes de los parisienses por la causa polaca y encargó al embajador Mortemart, á su partida para San Petersburgo, que aconsejara disimuladamente al gobierno de Varsovia á su paso por esta ciudad que no se hiciese ilusion ninguna tocante al auxilio francés.

El partido moderado polaco no consiguió mas que hacer perder á la causa nacional un tiempo precioso en el cual los polacos habrian podido atacar victoriosamente y de improviso á los rusos, con cuarenta mil hombres de tropas regulares, otros tantos irregulares armados de hoces, y con caballería ligera. La indignacion del parlamento fué grande, y el dictador general en jefe Chlopicki no tuvo mas remedio que dimitir. Ocupó su lugar el príncipe Miguel Radziwill, y con él subió al poder el partido democrático; y en 25 de enero de 1831 el parlamento decretó solemnemente, á propuesta del conde Roman Soltyk, el destronamiento de la casa de Romanoff.

Ya no quedaba mas recurso que probar la suerte de las armas, y este momento se acercaba á pasos agigantados, porque el general Diebitsch Sabalkansky acudia con ciento diez y ocho mil hombres por la Lituania, al través de los innumerables pantanos, solo transitables en invierno, por estar helados entonces. Las fuerzas polacas, en todo setenta mil hombres, retrocedieron lentamente ante el ejército invasor hasta la capital, en cuyas inmediaciones ocuparon la posicion convenida previamente. Allí hicieron frente al enemigo, mandadas por Chlopicki, que olvidando todos los agravios, sin graduacion militar oficial alguna, tomó la direccion de las fuerzas polacas en lugar del príncipe de Radziwill, persona militarmente inepta. En las dos batallas que se libraron cerca de Wavre y de Grochow, en 19 y 25 de febrero respectivamente, quedaron los rusos de hecho vencedores, pero los polacos combatieron con valor tan heroico é incomparable que Diebitsch, á pesar de haber tomado el arrabal de Varsovia llamado de Praga, no consiguió sofocar la insurreccion y retrocedió hasta el campo fortificado de Sienica, para aguardar allí la primavera y tropas de refuerzo. Esta retirada aprovechó Skrzynecki, sucesor de Chlopicki, gravemente herido en la batalla del 25 de febrero, para rehacer las pérdidas sufridas y caer, en 10 de abril, cerca de Iganir, á orillas del Muchawiec, sobre la division, demasiado desparramada, del general Rosen, hacerle en su retirada desordenada diez mil prisioneros durante los diez dias que duró la persecucion, y facilitar con su avance vigoroso al general polaco Dwiernicki la invasion de la Volhynia y la Podolia. El movimiento revolucionario se extendió entonces hasta la Lituania, donde se pusieron á su cabeza la condesa Emilia Plater y el feroz Matuszewicz. Skrzynecki era soldado valiente y arrojado, pero no era gran capitán; Prondzynski, su jefe de estado mayor y excelente estratégico, le instó inútilmente á que cayese sobre la division del gran duque Miguel, que mandaba los regimientos de la guardia imperial, antes de que Diebitsch pudiese socorrerlos. Pero Skrzynecki no siguió este acertado consejo, y llegando Diebitsch á unirse con el príncipe Miguel causó despues al general polaco una derrota, en 26 de mayo, cerca de Ostrolenka, á orillas del Narew, tan capital que decidió la suerte de Polonia. Gielgud, otro general polaco inepto, que penetró con diez y ocho mil hombres en Lituania, fué derrotado el 19 de junio, cerca de Wilna, por el general ruso Sacken, que le obligó á refugiarse en territorio prusiano, donde uno de sus oficiales le mató de un tiro, por traidor, antes de entregar sus armas á las autoridades militares prusianas. Dwiernicki efectuó su retirada forzosa al través de la Volhynia con habilidad admirable, y penetró en Austria, donde fué desarmado con su gente.

Compadecida miró la Europa la agonía de este pueblo heróico, pero ninguna potencia le alargó la mano en su tribulación. Metternich contestó por escrito á las súplicas de Czartorisky aconsejándole la sumisión incondicional. Por un momento pareció que un poder superior se había apiadado de los polacos enviando entre sus enemigos, los rusos, un auxiliar terrible, el cólera, que entonces apareció por primera vez en Europa é hizo con misteriosa rapidez millares de víctimas en Rusia, principalmente en las grandes ciudades. En muchas partes, el pueblo aterrorizado acusó á los judíos de haber envenenado las aguas, y cometió contra estos desgra-

ciados actos de salvajismo feroz. En San Petersburgo fué menester que el mismo emperador se presentara en medio del pueblo, alborotado y loco, haciendo prosternar á la multitud en la calle para pedir socorro á Dios. Pronto llegó la plaga al teatro de la guerra: el 10 de junio llevóse al generalísimo ruso Diebitsch, siete días despues al virey, el gran duque Constantino, y el 24 á Gneisenau, que mandaba el ejército prusiano de observación; pero la misteriosa plaga apenas retardó días la ruina de Polonia, destrozada mas por las disensiones feroces, las intrigas, las calumnias y envidias de sus propios hijos que por las armas rusas. Skrzynecki



Chlopicki.—Copia de un cuadro hecho por Glowacki

fué destituido á solicitud de los jefes y oficiales del ejército que veían en él un traidor, el ejército quedó sin jefe hasta que Dembinski se prestó á encargarse del mando; pero en 15 de agosto el populacho, sublevado y ciego, derribó el gobierno de la capital, se apoderó del palacio, degolló cuarenta prisioneros que hizo en él, instituyó un nuevo gobierno bajo la presidencia del inepto Krukowiecki y dió el mando del ejército al valiente y honrado pero caduco Malachowski. Este, fuese por traición, fuese por arrojo temerario, cometió la falta de enviar veinte mil hombres, á las órdenes del aventurero Ramorino, á la otra orilla del Vístula, reduciendo con esto el número de defensores de la capital á treinta y cuatro mil hombres, mientras el generalísimo ruso Paskiewich pasó el rio cerca de Ossick, donde la frontera prusiana le cubría el flanco y espalda, y sin apresurarse, contra la opinión de su jefe de estado mayor Toll, que aconsejaba la mayor rapidez, avanzó hacia Varsovia. Una vez delante de la ciudad intimó á sus defensores la rendición, ofreciendo condiciones benignas; pero fueron rechazadas por el partido demagógico,

que desenfrenado reinaba en la ciudad y en el parlamento. Lo mismo sucedió cuando el 6 de setiembre los rusos se apoderaron de Wola (1), llave de la capital, y Krukowiecki presentó á la asamblea las condiciones de rendición que habia convenido con el general en jefe ruso. Habiendo caído en manos de los rusos las obras exteriores, volvió á proponer Krukowiecki la rendición, pero sin mas resultado que ser destituido por el parlamento furioso, y el 8 del mismo mes tuvo que rendirse la ciudad á discreción. El parlamento salió escoltado por todo el ejército polaco, que á las órdenes de Rybinski trató de continuar la lucha, apoyado en la fortaleza de Modlin; pero cuando Rybinski supo que Ramorino con sus veinte mil hombres se habia dejado arrojar por los rusos al territorio austriaco, es decir, á Galitzia, no aguardó ya otro ataque y se dirigió á marchas forzadas, con los últimos veintimil hombres y noventa y cinco piezas de artillería, á la

(1) Aldea cerca de Varsovia, en cuya inmediación eligió antiguamente la nobleza polaca sus reyes.

frontera prusiana, que pasó cerca de Lipno, y allí fueron desarmados todos. Las dos plazas fuertes de Modlin y Zamosc se entregaron al vencedor.

El castigo fué proporcionado á la dureza de la resistencia. Desde luego perdió la Polonia la constitución otorgada por el czar Alejandro, siendo reemplazada en 26 de febrero de 1832 por un estatuto orgánico que solo conservaba las disposiciones dirigidas contra la nacionalidad polaca. Innumerables confiscaciones castigaron á los jefes de la nobleza que se habian librado por la fuga del castigo directo; Paskiewich fué nombrado gobernador general y recompensado

todos los revolucionarios, y recibieron estímulo de este y de los ministros Molé y Sebastiani, que les dieron palabra de que ningun soldado austriaco pondría el pié en ningun país italiano donde el pueblo se levantara y se organizara formalmente. El mismo rey en persona les mostró su aprobación (1). El caso era que respecto de Italia, mas que en otras cuestiones internacionales, los hombres de Estado franceses creyeron poder hacer un papel doble, ostentando públicamente su amor á la paz general y fomentando oculta-

mente la revolución. Esta vez los revolucionarios italianos no eligieron por teatro de la insurrección ni Nápoles ni el Piamonte como en 1821, sino los Estados menores del centro, incluso los de la Iglesia, completamente perdidos bajo el régimen teocrático, y además sin jefe desde el fallecimiento del papa Pío VIII, ocurrido en 30 de noviembre de 1830. El movimiento debia estallar en Módena, cuyo soberano, el duque Francisco IV, por medio del opulento industrial Menotti mantenía inteligencias entre los conjurados haciendo él mismo por sí el papel de espía y de traidor, porque en el momento oportuno hizo cercar y poner presos á los demasiado incautos, el 3 de febrero de 1831. El día antes el cónclave, avisado por el duque del peligro, habia elegido al nuevo pontífice Mauro Capellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI. No impidió esto que el 5 del mismo mes estallara la revolución en Bolonia, donde se formó un gobierno provisional que declaró abolido el gobierno temporal de los papas. El movimiento se extendió: las Legaciones, las Marcas y la Umbría se unieron á Bolonia; los pueblos de Módena y Parma se levantaron tambien y sus soberanos tuvieron que refugiarse en territorio austriaco, y en 4 de marzo de 1831 la asamblea constituyente de los países sublevados proclamó la constitución de las *Provincias Unidas de Italia*.

Quince días antes, en 19 de febrero, el cardenal secretario Bernetti se habia dirigido en tono lastimero al gobierno austriaco impetrando su auxilio contra la revolución, y con la misma fecha habia comunicado Metternich á las grandes potencias la opinión del gobierno austriaco respecto de los sucesos de Italia, diciéndoles que la cuestión romana era una cuestión europea, pero que tocaba al Austria, como cosa natural y por obligación de familia, el restablecimiento del orden en los ducados. Conformáronse todas con este modo de ver; solo el gobierno francés, olvidando sus promesas, observó que no se opondría á la ocupación de Módena y Parma por fuerzas austriacas, pero si se extendiese la ocupación á los Estados de la Iglesia la consideraría como una provocación, y si se extendiera al Piamonte como una declaración de guerra. Ambas potencias se miraban mutuamente y empleaban un lenguaje fanfarrón para ocultar su miedo, graduando cada una su arrogancia á tenor de las señales de susto que creía descubrir en la otra, hasta que Metternich creyó tener bastante reforzado y preparado el ejército austriaco de Italia para obrar, porque se dijo que mas valia al poder austriaco en Italia sucumbir con las armas en la mano que acabar ignominiosamente á manos de la revolución. Tan inevitable creyóse en París la guerra que el embajador francés en Viena, el mariscal Maison, recibió orden de avisar á su colega en Constantinopla, el general Guilleminot, que excitara al gobierno del sultan á atacar al Austria y á la Rusia por su parte. Luis Felipe y Sebastiani reprendieron fuertemente á Lafitte, presidente del ministerio, por haber autorizado semejante correspondencia belicosa, lo cual fué causa de que Lafitte dimitiera.

(1) Véase la obra alemana de Prokesch-Osten: *El duque de Reichstadt*, págs. 155 y siguientes.



Skrzynecki.

Copia de un grabado en acero hecho por G. W. Lehmann

con el título de príncipe de Varsovia (Warchavski), con órden terminante de rusificar por todos los medios posibles y sin consideración alguna todo el país para mejor evitar nuevas sublevaciones.

Desde Waterloo y Navarino ningun suceso habia conmovido tan hondamente á la Europa como la caída de Varsovia. Nadie preguntaba hasta dónde tenían la culpa los polacos; no habia mas sentimiento predominante que la conmiseración por los fugitivos polacos, que en su mayoría buscaron asilo en Francia, y el horror al despotismo ruso y á los demás gobiernos que le habian facilitado su obra de destrucción de la Polonia.

ITALIA Y SUIZA

Cuando la conferencia de Londres se decidió por la independencia de Bélgica, y el parlamento polaco reunido en Varsovia proclamó el destronamiento de la familia Romanoff, estalló la revolución en la península apenínica amenazando causar en toda Europa la temida conflagración que en Bélgica y Polonia se habia limitado, por los esfuerzos de la diplomacia, á cada uno de estos dos países.

Era mas que natural que los patriotas italianos, vencidos, desengañados y dispersos, saludaran con esperanzas nuevas la revolución francesa de julio, como un rayo de luz que penetraría tambien en su patria y dispersaría allí las densísimas tinieblas de la reacción. Algunos patriotas, antes de dar ningun paso decisivo, consultaron á Lafayette, el patrono de